

—Para quitar la congojosa solicitud de nuestra perseverancia y predestinacion, ayudará lo que se dijo en la meditacion XXXI. Y para asegurarla del modo que acá se puede, ayudará mucho la meditacion que se sigue.—

MEDITACION L.

DE LA HUMILDAD Y RESIGNACION QUE DISPONEN PARA COGER COPIOSOS FRUTOS DE LA DIVINA PROVIDENCIA.

—La humildad, que dispone para ser favorecidos de la divina Providencia, no solamente es la que pertenece á los que han sido pecadores, y se funda en el conocimiento de nuestros pecados, del cual se trató en la parte I (1), sino la que pertenece á los muy santos, y á la misma alma de Cristo nuestro Señor: y se funda en el conocimiento de la nada que tenemos de nuestra cosecha, del cual se ha tratado en las meditaciones de esta parte VI, en las cuales se han ponderado cuatro puntos principales.—El primero, que todo el ser de mi cuerpo y alma, con todos mis miembros y potencias, y con el adorno que tienen añadido, así natural como sobrenatural, no es mio, sino de Dios que me lo dió; y si él no me lo diera, yo siempre estuviera en el abismo de la nada, como se ponderó en la meditacion II y XVII.—El segundo, despues de recibido todo este ser, yo no puedo conservarle, y si Dios no le conservase actualmente, luego se volveria en nada, como se dijo en la meditacion XXVIII.—El tercero, el uso de todas mis potencias y sentidos; y todas mis obras están tan pendientes de Dios, que sin su actual concurso nada puedo hacer ni aun pensar, como allí se ponderó.—El cuarto, por mucho que tenga recibido, todo es nada, en comparacion del ser de Dios y de sus perfecciones y virtudes, como se dijo en la meditacion VI.—Añado, lo quinto, que de mi cosecha soy fuente de todo lo que es nada y menos que nada, que es el pecado, al modo que se ponderó en la meditacion IV de la parte I. Todo esto se verá recogido en la meditacion que se sigue, fundándola en la semejanza de que Cristo nuestro Señor usa muchas veces, diciendo: *Si no os hiciéredes como pequeñuelos, no entraréis en el reino de los cielos, y el que se humillare como este niño, será mayor en el cielo, y dejad á estos infantes llegarse á mí, porque de éstos es el reino de Dios* (2).

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar la humildad

(1) D. Thom. 2, 2, q. 191, art. 1 ad 4. — (2) Matth. xviii, 8.

heróica que en esta comparacion se representa, y los frutos que en ella se cogen de la divina providencia: para lo cual en la presencia de Dios me imaginaré como un niño pequeño, cuyas propiedades son:—La primera, que si está súcio no puede limpiarse si no le limpian.—La segunda, si está caído en tierra, no puede levantarse si no le levantan.—La tercera, si le ponen en pié, no puede tenerse si no le tienen, ni dar paso si no le llevan.—La cuarta, si tiene hambre ó sed, no puede comer ni beber si no se lo dan.—La quinta, si tiene frio ó cualquier otro trabajo ó peligro de enemigos, no se puede librar si no le libran, ni defenderse si no le defienden.—La sexta, por remate de sus miserias, no sabe ni puede pedir lo que le falta, ni aun lo conoce para pedirlo. Estas son las miserias del niño, para las cuales no tiene otro remedio que la piedad y amor de su madre, y la providencia maternal que tiene de su hijo. De este modo me tengo yo de imaginar delante de Dios, aplicándome las seis cosas dichas.—Lo primero, es tan grande mi flaqueza, que por mi solo albedrío puedo pecar y mancharme con muchas culpas; pero despues que peco, no puedo yo solo lavarme ni limpiarme de ellas, si Dios no me lava y limpia. Y así tengo de decirle como David: *Lávame, Señor, de mi maldad, y límpiame de mi pecado* (1).

2. Lo segundo, con el peso de mis ruines inclinaciones, y de este cuerpo corruptible que apesga al alma, fácilmente caigo en tierra, y estoy postrado en ella con la aficion desordenada á las cosas terrenas, porque soy hijo del Adán terreno; pero una vez caído, no puedo levantarme á solas, si Dios no me da la mano y me levanta. Y así para siempre quedaria caído como la casa de Israel, de quien dice un profeta: *Cayó, y nunca mas se levantará* (2).—Lo tercero, si Dios por su misericordia me levanta y pone en pié dándome alguna virtud ó espíritu de devocion, no puedo por mi solo tenerme, ni conservar lo que me ha dado, ni dar paso adelante, si él mismo no me ayuda á ello, y así siempre he de estar con temor de caer, conforme al dicho del Apóstol: *El que está en pié, mire no caiga* (3).—Lo cuarto, si padezco hambre y sed de los manjares espirituales, como son los Sacramentos, la palabra de Dios, y las obras de justicia, no puedo por mí solo buscarlos ni comerlos, de modo que me entren en provecho, si Dios no me ayuda á todo esto; y si tengo algun deseo de mejorarme, no puedo cumplir mi deseo, si Dios que me le dió no me da tambien gracia para cumplirle.

3. Lo quinto, estoy tan rodeado de tentaciones y peligros del

(1) Psalm. l, 4. — (2) Amos, v, 1. — (3) I Cor. x, 12.

demonio, mundo y carne, que no es posible por mis solas fuerzas librarme de ellos, si Dios no me libra; ni tengo armas para defenderme, si Dios no me las da. Siempre estaria frio con pecados y tibiezas, si Dios no me calienta con el fuego de su amor; y siempre estaria encendido con el fuego del amor propio, si Dios no me refresca con el agua viva de su gracia. Finalmente, es tanta mi miseria, que no sé orar (1), ni pedir lo que he menester, como me conviene, si el mismo Espíritu de Dios no me lo enseña, ni aun sé conocer mis peligros y necesidades, si Dios no me descubre la gravedad de ellas. Esta es la miseria que tengo de mi cosecha: de donde se sigue que hacerme niño, no es ser ignorante de estas cosas, ni estar caido actualmente en estas miserias, sino reconocerme por sujeto á caer en ellas; y de aquí como de raíz nace la perfeccion. Por lo que dijo san Pablo: *No seais niños en el sentir y conocer, sino en la malicia y astucia* (2); pero en el sentir y conocer sed perfectos.

4. Despues de haber ponderado estas miserias que tengo de mi cosecha, he de levantar los ojos á ponderar, como la infinita caridad y providencia paternal de Dios acude á remediarlas todas, con mucho mayor cuidado que las madres acuden á remediar las de sus hijuelos pequeñitos, porque será posible que las madres se olviden de ellos; pero, como dice el mismo Señor, nunca se olvida de los suyos (3); y así con su providencia acude á lavarme, á levantarme de la tierra, á tenerme en pié, á darme el manjar conveniente, á defenderme de mis enemigos, y á enseñarme á orar, de tal manera, que nunca faltará por su providencia mi remedio, mucho mas á punto que si estuviera en mi sola libertad. Y así con afecto de humildad y desconfianza de mí mismo, por verme tan flaco como un niño, he de juntar el afecto de amor y confianza en Dios, por ver el cuidado con que asiste á mi remedio, para que la consideracion de mi niñez no me haga pusilánime, antes me aliente mucho mas; porque como la madre tiene mayor providencia y cuidado del niño pequeñito que no puede cuidar de sí ni de su remedio, que no del hijo grande que puede por sí valerse; así Dios nuestro Señor tiene providencia mas regalada y especial de los humildes, que se tienen por niños en sus ojos, que no de los que presumen y se tienen por grandes. Y así dice por Isaías, que como madre los regalará, y dará su pecho, y los pondrá sobre sus rodillas, y se alegrará con ellos de la manera que la madre suele hacerlo con su hijo (4). ¡Oh dichoso el justo que se hace niño con la humildad, pues por ella goza

(1) Rom. VIII, 26.—(2) I Cor. XIV, 20.—(3) Isai. XLIX, 15.—(4) Isai. LXVI, 12.

de tan admirable y regalada providencia! ¡Oh humildad bienaventurada, por la cual la divina Providencia produce frutos tan copiosos! Ó Padre misericordiosísimo, cuanto mas conozco mis miserias, tanto mas te amo, por el cuidado que tienes de librarme de ellas. Y pues salí de tu omnipotencia como niño necesitado de tu continua ayuda, dámela con tu paternal providencia, para que nunca cese de alabarte, pues de la boca de los niños, y de los que maman, salen las alabanzas que te agradan y agradarán por todos los siglos. Amen (1).

PUNTO SEGUNDO.—1. Lo segundo, se ha de considerar la resignacion humilde que en esta misma comparacion se representa, y los frutos que con ella se cogen de la divina Providencia, ponderando que el niño naturalmente descuida de todas las cosas que ha menester, dejándolas á la providencia y cuidado de su madre. No tiene cuidado de la leche que le han de dar, si es buena ó mala, ni repara en que le envuelvan en pañales de lino delgado ó grueso, y en mantillas de seda ó jerga; con cualquiera cosa se contenta. No advierte si mora en palacios suntuosos, y si le echan en cuna blanda y rica, ó si mora en una pobre choza, y está echado en un vil pesebre. No se envanece con la honra que le hacen por ser hijo de rey, ni se aflige de que le desprecien por ser hijo de esclavo. Finalmente, descuidando él de sí, tal es su suerte, cual es la de su padre y madre, y tal su crianza, cual es la providencia de los que de él tienen cuidado.

2. De esta manera he de procurar hacerme niño delante de Dios nuestro Señor, haciendo con virtud lo que hace el niño por naturaleza, apartando de mí todos mis congojosos cuidados, y arrojándolos en Dios, *et ipse me enutriet, y él me criará* (2) y cuidará de mí, como de niño hijo suyo, proveyéndome de la comida, vestido, honra, y lo demás que arriba se ha dicho. Por lo cual he de gozarme de la buena suerte que me ha cabido en tener tal padre y madre como Dios, cuya providencia y cuidado para conmigo excede infinitamente al que todos los reyes y príncipes, y todos los padres y madres del mundo pueden tener de sus hijos. Porque si es verdad, como dice el Apóstol, que *quien no tiene cuidado de los suyos, especialmente de los domésticos, negó la fe, y es peor que el infiel* (3), ¿cómo es posible que Dios nuestro Señor, que ha dado palabra de cuidar de nosotros, y es imposible negarse á sí mismo ni faltar en la fidelidad, deje de tener muy gran cuidado de los suyos, que están

(1) Psalm. VIII, 3.—(2) Psalm. LIV, 23.—(3) I Tim. V, 8.

á su cargo, y mucho mayor de sus hijos, que están en su casa, y no tienen otro amparo sino el suyo por ser niños? De lo cual es regalado testimonio lo que dijo nuestro Señor al profeta Jonás: ¿No quieres que perdone á la ciudad de Nínive, en la cual hay mas de ciento y veinte mil hombres que no saben cuál es su mano derecha, ni cuál es la izquierda (1)? como quien dice: Cuando no me movieran á compasion los varones que hay en Nínive, bastara para enternecerme ciento y veinte mil niños inocentes, los cuales no hacen caso de las prosperidades significadas por la mano derecha, ni de las adversidades significadas por la mano izquierda, porque de todo esto descuidan como niños; pero no quiero descuidar yo que soy su padre. Ó Padre amorosísimo, gracias te doy cuantas puedo por la providencia especial que tienes de los que con humildad y resignacion se arrojan en tus manos. No permitas, Señor, que caiga en la ignorancia de Ephraim, que siendo tú como su ama, y trayéndole en tus brazos, no supo conocer el bien que le hacias, ni el remedio de sus miserias que le dabas (2). Conózcame á mí y conózcate á tí, para que mi propia miseria me fuerce á confiar en tu infinita misericordia. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar otros cinco favores y privilegios de los pequeñuelos y humildes, que se tocan en la sentencia referida.—El primero, que por su pequeñez hallarán entrada en el reino de los cielos, de tal manera que los que no se hicieren como niños, no entrarán allá (3). Y por consiguiente perderán los medios y fin de la providencia paternal de Dios sin gozar de ella.—El segundo, que serán grandes en el mismo reino, á la medida que acá se hicieron pequeños; porque cuanto mas humildes, tanto serán mas santos en esta vida, y mas copiosamente premiados en la otra. Por lo cual dijo san Basilio (4), que el crecimiento en humildad es crecimiento en toda virtud; y cuanto la humildad es mas profunda, tanto la virtud es mas alta.

2. El tercero, que quien recibe á uno de estos pequeñuelos en nombre de Cristo, recibe el mismo Cristo, porque como está unido con ellos por amor, cualquier bien que se les hace, le toma como si se hiciese á él mismo. Y si Cristo nuestro Señor tanto gusta de que todos reciban á los pequeñuelos, y los traten como á su misma persona, ¿con qué gusto los recibirá él debajo de su proteccion en su casa, en su reino, y en su cielo? porque siempre se preció este Se-

(1) Jonae, iv, 11.—(2) Osee, xi, 3.—(3) Matth. xviii, 3.

(4) Serm. de abdicat. rerum.

ñor de hacer lo que enseñaba, y de que su ejemplo precediese á su doctrina.—El cuarto, que quien escandalizare á uno de estos pequeñuelos, dándole ocasion de tropezar en la virtud, será terriblemente castigado, y le valiera mas con una gran piedra á la garganta ser echado en el mar, que ser piedra de escándalo para los tales; porque como toma á su cuenta el bien que se les hace, así tiene por injuria propia la que padecen ellos.

3. El quinto es, que tienen Ángeles de guarda que ven el rostro del Padre celestial, porque, aunque todos los hombres los tienen, como arriba se dijo, pero los humildes especialmente gozan de esta providencia, así de parte de Dios, como de parte de los mismos Ángeles, que con mas particular cuidado acuden á los pequeñuelos porque conocen mas su necesidad, y son mas rendidos á su Gobernador, y mas agradecidos al bien que reciben. En cuya prueba dice la Escritura, que estando Agar con su hijo pequeñito Ismael á punto de perecer de sed, echó al niño junto á un árbol, y ella se apartó por no verle morir. Y llorando el niño, se le apareció un Ángel, y le dijo que Dios habia oido la voz del niño, proveyéndole de agua, y prometiendo hacerle cabeza de grande gente (1). De suerte, que padeciendo madre é hijo la misma necesidad, no dice la Escritura que oyó Dios la voz de la madre, sino la del niño; ni vino el Ángel por respecto de la madre, sino por respecto del niño, y por él proveyó de agua á ella; para que en este suceso vea dibujado el cuidado tan amoroso que Dios y sus Ángeles tienen de los pequeñuelos, cuyas necesidades y lágrimas son voces que les enternecen. Y cuando su padre y madre los dejan y echan de sí, Dios los ampara (2), y envia sus Ángeles que miren por ellos. ¡Oh dichosa niñez, que tanto privas con Dios y con sus Ángeles! tú eres puerta del cielo, medida de la grandeza y perfeccion: sobre tí abre Dios sus liberales manos y te llena de copiosa bendicion. Por tí ama al que te recibe, y aborrece al que te desecha: al que te ama mira desde cerca para remediarle y ensalzarle; y al que te aborrece mira desde lejos para humillarle y castigarle. Callando tu boca, clama tu necesidad, y tus gemidos llegan al tribunal de Dios (3); y de allí despacha Ángeles que te remedien. ¡Oh quién me diese que te amase y abrazase de todo mi corazon, por imitar al que se hizo niño por mí! Ó dulcísimo Jesús! que amaste tanto la niñez purísima del espíritu, que por ella tomaste tambien la del cuerpo, haciéndote niño por nosotros, dándonos ejemplo de hacernos niños por la humil-

(1) Genes. xxi, 17.—(2) Psalm. xxvi, 10.—(3) Psalm. cxxxvii, 6.

dad, concédeme que me haga pequeñuelo, á imitacion tuya, para que participando de esta pequeñez que escogiste en esta vida, llegue á participar de la grandeza que tienes en la otra por todos los siglos. Amen.

MEDITACIONES

DEL ÚLTIMO Y SOBERANO BENEFICIO DE LA GLORIA.

—Con las meditaciones de la gloria daré fin á este libro: porque ella es el último fin de nuestra vida y de los demás beneficios divinos, que son medios ordenados por la divina Providencia para alcanzarla, entre los cuales uno muy eficaz es, suplicar á nuestro Señor nos dé ojos de fe muy esclarecidos, para verla y contemplarla, al modo que los dió á san Juan cuando dijo: *Vi la santa ciudad de Jerusalem nueva, que bajaba del cielo adornada por Dios, como esposa para su esposo: y luego oí una grande voz que salía del trono y decía: Veis aquí la morada de Dios con los hombres* (1). Ó Dios eterno, que haces bajar del cielo la celestial Jerusalem, dando noticia de ella á los que viven en la tierra, esclarece los ojos de mi alma, para que conozca la soberanía de esta ciudad, su grande santidad, su vista de paz, su novedad nunca oída, su adorno maravilloso, y el desposorio inefable que contigo tiene. ¡ Oh si sonase en mis oídos la voz de tu inspiracion, que me dijese: Mira la morada de Dios con los hombres, descubriéndome la belleza de esta morada, y la union que tienes con tus dichosos moradores! Ea, Esposo dulcísimo de las almas, muéstrame tu rostro porque es bello, háblame con tu voz porque es dulce, y descúbreme los bienes que me prometes, para que me anime á pretenderlos, de modo que los alcance para gloria de tu santo nombre. Amen (2).—

MEDITACION LI.

DE LA GLORIA CUANTO AL ESTADO, LUGAR Y COMPAÑÍA DE LOS BIENAVENTURADOS.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar en comun qué cosa es gloria, paraíso y bienaventuranza, la cual, como dicen los teólogos (3), es un estado perfecto en quien se juntan todos los

(1) Apoc. XXI, 2.—(2) Cant. II, 11.—(3) D. Thom. 1, 2, q. 3 et seq. q. 82, addit.

bienes, ó es un estado eterno, seguro é inmutable, libre de todos los males de culpa y pena que se pueden temer, y lleno de todos los bienes de naturaleza y gracia que se pueden desear; y así *aquel es bienaventurado*, como dice san Agustin, *que tiene todas las cosas que quiere, y no quiere cosa mala* (1). Esto se puede fácilmente ponderar, discurrendo por los males que tengo ó imagino que me pueden suceder, y por los bienes de cuerpo y alma que razonablemente puedo desear, quitadas las imperfecciones de este estado en que vivimos, y en su lugar poniendo estas cuatro excelencias.—La primera es, eternidad, porque ha de durar cuanto durare Dios, cuyo reino no tendrá fin (2).—La segunda es, seguridad de que será eterno, porque saben los Santos que ni puede haber culpa porque Dios se le quite, ni mudará el decreto que ha hecho de no excluirlos jamás de su cielo.—La tercera es, inmutabilidad, porque la gloria esencial nunca se menoscabará, ni el gozo se disminuirá, antes se aumentarán á menudo nuevas glorias accidentales que la harán muy mas amable.—La cuarta es, hartura sin fastidio; de modo, que la inmutabilidad sea sin tedio, y el descanso sin cansancio de gozarle con una continua novedad en el gusto, como el primer día que comenzó.

2. Estas propiedades se irán ponderando en cada punto: ahora en general puedo ponderarlas, comparando este dichoso estado con el estado de esta vida mortal, en el cual, por muy próspero que sea, hay falta de muchos bienes y mezcla de muchos males, y es estado temporal, mudable, inquieto, lleno de tédios y fastidios. Por lo cual Cristo nuestro Señor dijo á sus discípulos: *No queráis allegar tesoros en la tierra, donde la herrumbre y la polilla los destruye, y los ladrones escalan la casa y los roban. Atesorad en el cielo, donde no hay peligros* (3). En las cuales palabras pone la diferencia que hay entre los tesoros de la tierra y del cielo: que aquellos son perecederos, y con efecto perecen por una de tres causas: ó porque se gastan con el uso, como los manjares; ó porque de su interior nace algo que los destruye, como perece el vestido por la polilla que de él procede; ó porque alguna causa exterior nos lo quita, como los ladrones, y los que por engaño ó calumnia se alzan con ellos. De donde resulta, que quien tiene puesto su corazon en estos tesoros, está sujeto á mil zozobras y amarguras.

3. Pero los tesoros del cielo son incorruptibles y eternos por todas vías; porque no se menoscaban con el uso, sino con la entereza

(1) Lib. 13 de Trinit. c. 4 et 5.—(2) Luc. I, 33.—(3) Matth. vi, 19; Luc. XII, 33.